

AZAR O DISEÑO

conversaciones trascendentales

VENTURA

CONVERSACIÓN 3

EL ARGUMENTO COSMOLÓGICO

La cabina del avión vibraba con ese zumbido constante que se mete en los huesos. Afuera, a más de diez mil metros de altura, las nubes parecían desiertos de algodón iluminados por la luna, suspendidos entre la oscuridad de la noche y la promesa del amanecer. Julián y Tomás estaban sentados en la fila 14, ventanilla y pasillo respectivamente, rumbo a Jerusalén, un destino turístico para uno, espiritual para el otro, aunque ambos sabían que, al menos en el caso de Tomás, el viaje era tanto un reto como una búsqueda.

—El universo existe, ¿no? —empezó Tomás, mientras bajaba la mesita con una precisión meticulosa, como si necesitara algo sólido sobre lo que apoyarse antes de abordar el tema—. Y todo lo que existe tiene una causa. Nada surge de la nada. Entonces, si retrocedes lo suficiente, tienes que llegar a una primera causa que no dependa de nada más para existir. Eso es lo que la mayoría llamamos Dios.

Julián giró un poco para mirarlo de frente, con esa mezcla de afecto y escepticismo que uno reserva para viejos amigos y teorías metafísicas. En su mirada había algo más, un reto silencioso, como si no sólo escuchara las palabras, sino que tratara de ver en ellas las fisuras, las pequeñas grietas que dejaban de lado la complejidad.

—Eso es el argumento cosmológico clásico —dijo, asintiendo lentamente—. Lo usaron Aristóteles, luego los escolásticos como Tomás de Aquino, y después Leibniz. Pero sigue sin convencerme. Porque incluso si aceptamos que todo tiene una causa, ¿por qué detenerse en Dios? ¿Y por qué ese “primer motor” tiene que ser una mente consciente? ¿Por qué no puede ser el universo mismo, o una ley física que todavía no entendemos?

Tomás bebió un trago de agua, sin dejar de mirarlo. Negó con la cabeza con la calma de quien ha recorrido ese pensamiento muchas veces.

—Porque el universo, según el consenso científico, comenzó a existir hace 13.800 millones de años. El tiempo y el espacio nacieron con él. Eso significa que su causa no puede estar dentro del sistema, sino fuera de él. Y nada dentro del universo que empiece a existir lo hace sin causa. Incluso las fluctuaciones cuánticas, que muchos invocan como ejemplo de creación espontánea, surgen en un marco de leyes físicas preexistentes. No son verdaderamente “de la nada”. El vacío cuántico no es la nada absoluta.

Julián se apoyó contra el respaldo del asiento, como si el debate necesitara más espacio. Sus dedos jugaban con el borde de su vaso de agua.

—Pero ahí está el punto. Lo que tú llamas “nada” puede que no lo sea en sentido filosófico, pero sí lo es para muchos físicos. Hawking hablaba de un universo que puede surgir por fluctuaciones de la energía del vacío, sin necesidad de un agente externo. Y si el tiempo mismo comenzó con el Big Bang, ¿tiene siquiera sentido hablar de un “antes”? Decir que “Dios lo causó” me parece como si insertáramos una explicación antropomórfica justo donde empieza lo desconocido.

—Pero no estamos hablando de una explicación *ad hoc* —dijo Tomás, inclinándose levemente hacia él—. El argumento cosmológico no dice “no sabemos, entonces Dios”. Dice que hay una imposibilidad lógica en una regresión infinita de causas. Una serie infinita de causas que dependen unas de otras nunca puede llegar a producir nada. Tiene que haber algo que tenga la razón de su existencia en sí mismo, algo necesario, no contingente. Leibniz decía que la existencia del universo necesita una explicación externa. Esa razón suficiente, para él, era Dios.

Julián sonrió, con esa expresión que mezclaba respeto y reserva.

—Claro, pero entonces tú postulas un ser necesario. ¿Y cómo sabemos que ese ser necesario tiene que ser una persona, una voluntad, una inteligencia? ¿Por qué no decir que la materia-energía, o las leyes físicas, son necesarias y eternas? Incluso algunos cosmólogos teóricos proponen modelos sin comienzo: universos cíclicos, modelos emergentes, multiversos... ¿Qué impide que eso sea lo necesario?

Tomás asintió despacio, como quien reconoce una objeción razonable, pero no se rinde fácilmente.

—Porque las leyes físicas no tienen capacidad causal por sí solas. Describen regularidades, pero no explican por qué hay algo en lugar de nada. Además, si el universo es contingente (si podría no haber existido), entonces no puede ser necesario. En cambio, una mente que elige crear, libremente, da sentido a ese paso de la nada al ser. Dios no es solo una causa, es una causa con intención.

—¿Y no estás proyectando lo humano hacia lo trascendente? —preguntó Julián, con tono suave pero incisivo—. Estamos tan acostumbrados a pensar en términos de voluntades, decisiones, propósitos... que nos cuesta imaginar que el universo simplemente es. Que quizás no hay un “por qué” final. Como decía Sartre, “el ser está ahí, absurdo, sin razón de ser”.

En ese instante, la voz de la megafonía irrumpió con tono amable y cansado, anunciando la cercanía de la región de Asia Menor. La voz parecía también suspender el aire en la cabina, como si quisiera añadir un toque de ironía al contexto:

—Señores pasajeros, estamos volando a una altitud de 10.500 metros y nos acercamos a la región de Asia Menor, donde hace más de tres mil años la gente ya se preguntaba quién había puesto en marcha el universo. Por favor, abróchense los cinturones. Y sigan discutiendo con respeto.

Julián y Tomás se miraron, sorprendidos primero, y luego estallaron en carcajadas. La risa se contagió rápidamente, como una burbuja que se forma y estalla en el aire cargado.

—Creo que nos está escuchando —bromeó Tomás, con una sonrisa irónica, mientras se recostaba un poco en su asiento.

—O el piloto es filósofo en sus ratos libres —dijo Julián, aún sonriendo, ajustándose el cinturón con la misma actitud relajada. —En cualquier caso, que no se le ocurra soltar el mando para entrar en debate. No estoy seguro de querer discutir cosmología con alguien que tiene acceso a todos los controles de un avión.

Tomás rió y asintió.

—Eso sí sería un verdadero argumento cosmológico... de emergencia —replicó, mientras se acomodaba para disfrutar del silencio momentáneo.

Se quedaron callados unos segundos, observando cómo la línea del horizonte comenzaba a anunciar el amanecer sobre tierras lejanas. El sol empezaba a asomar tímidamente, tiñendo las nubes de colores dorados y rosados, y Julián, siempre más atento a los detalles visuales, notó cómo el cambio de luz parecía alinear el pensamiento con la naturaleza de las cosas.

Tomás lo observó, notando el giro de la conversación hacia la quietud del paisaje. Finalmente, sus palabras rompieron el silencio, pero esta vez con una reflexión más profunda que el mero intento de ganar.

—Es curioso —dijo, mirando también el horizonte—. Al final, todo esto, el universo, la mente, Dios... lo que buscamos siempre es una respuesta que nos tranquilice, que nos dé sentido. La ciencia nos dice lo que es, pero no nos dice por qué. La religión nos dice por qué, pero no puede explicarnos lo que es. Es como si estuviéramos buscando lo mismo desde diferentes puntos de vista.

Julián, con una pequeña sonrisa, lo miró desde su ventanilla.

—Sí —respondió—. Quizás no se trata tanto de encontrar una respuesta, sino de seguir la pregunta. Lo importante no es que tengamos la verdad absoluta, sino que sigamos preguntándonos por ella. Y tal vez, en ese proceso, descubramos algo más valioso que una respuesta definitiva.

Ambos se quedaron en silencio, observando la quietud de las nubes que se deslizaban por debajo del avión, mientras las preguntas seguían flotando en el aire, como si el universo, con toda su vastedad, también estuviera esperando a ser entendido. Ninguno había convencido al otro, claro. Pero eso no importaba. Lo importante era el viaje.